

para recoger su paso macilento y callado; y que otras veces logran en-  
crespar al servicio de la mente, las añejas visiones fastuosas que sacadas  
del archivo de la memoria, llamamos recuerdos. Recuerdos sí. Porque  
ya no sabemos mirar al día de hoy sin verter otra mirada retrospectiva  
para compaginarlo con el de ayer. Dejos perdidos de otras fechas como  
estas que evocan recuerdos, añoranzas... Porque ha sido a nosotros,  
precisamente a nosotros, a los que nos ha tocado vivir las horas de luto  
que pretendieron eternizarse en caracteres de leyenda negra. A nosotros  
a los que nos ha tocado perder la herencia sacra, que puesta en nuestras  
manos, quedaba bajo nuestra custodia y tutela para transmitirla en son  
de paz a las generaciones futuras. Tragedia que, al presentirla el alma  
hubiera exclamado con el poeta

«No quiero verla, no quiero  
Mejor es cegar, Dios mío...»

De cuanto quedó sepultado entre ruinas venerandas, bien podemos  
decir *que se resiste la mente a crearlo, se resiste la musa a contarlo.*

Después de todo aquello, hoy, con todo género de verdad, nos es  
dado decir que, no obstante todo ello, Daimiel lloró su culpa y la expió  
siendo tierra generosa de sacrificio. Como tú Señor en el Gethsemaní da  
su vida, a la voz que buscaba víctimas inocentes para tintar el ara purí-  
sima del holocausto, supo responder *Ego sum*. Yo soy. Después de esta  
entrega ¡Cuantas calles de la amargura! ¡Cuantos Cirineos! ¡Cuantas  
Verónicas! ¡Cuantos Gólgotas! Jerusalén doliente fué también mi  
pueblo, Señor.

Sin duda por ello, estos días, y al paso de esas Imágenes que forjaron  
la piedad y el arte, en cuyos rostros se acentúan los más puros trazos  
del amor y del sentimiento, como la realización de un milagro fiel expo-  
sitor del acontecimiento magno por excelencia, a cuya memoria muy  
bien se ha dicho *que debiera enloquecer el mundo en un gesto de gratitud*,  
el mismo silencio nos es elocuente, recuerda mucho... habla de mu-  
cho... Tal vez evoca en nosotros la memoria de aquellos grisáceos y  
turbios días de dolor, en que vimos consumarse el sacrificio de tantos  
Nazarenos de la Patria. Tal vez añora la realización, en nuestra edad de  
aquella fé de nuestros pasados robusta y fornida como tronco sano y  
fructífero de encina castellana, cuyos retoños somos nosotros, para  
quienes parece justificarse aquella estrofa del poeta, adaptándola a  
nuestro caso.

Hoy que con los hombres voy  
viendo a Jesús padecer,  
interrogándome estoy,  
¿Somos los hombres de hoy  
aquellos hombres de ayer?.

**Pablo Martín de la Sierra**

(Seminarista)